

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XIV. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659

una llàve pequeña pendiente de una corrèa de cordovàn. Porque vèa vueſſa mercèd, ſi quièn viene deſta ralea, podrá dâr ſu parecèr en femejantes caufas. Por eſſo digo, dixo el del boſque, que nos dexèmos de andâr buſcàndo aventuras; y pues tenèmos hogaças, no buſquèmos tortas; y bolvàmònos à nueſtras chòças, que allí nos hallarà Dios, ſi el quière. Haſta que mi amo llegue à Zaragoza, dixo Sancho, le ſervirè, que deſpues todos nos entenderèmos. Finalmènte tanto hablàron, y tanto bebièron los dos buenos eſcudèros, que tuvo neceſſidàd el fueño de atàrles las lenguas, y templàrles la ſed (que quitàrſela, fuèra impoſſible;) y aſſi aſidos entrambos de la ya caſi vazia bota, con los bocados à medio maſcàr en la boca ſe quedàron dormidos, donde los dexarèmos por aora, por contàr lo que el Cavallèro del boſque paſò con el de la triſte Figura.

C A P I T U L O XIV.

Donde ſe proſigue la aventura del Cavallèro del Boſque.

ENTRE muchas razones que paſàron Don Quixote, y el Cavallèro de la Selva, dize la hiſtòria, que el del Boſque dixo à Don Quixote: Finalmènte, Señor Cavallero, quièro que ſepàys, que mi deſtino, ò por mejor dezir, mi eleccion me truxo à enamorar-me de la ſin par Caſildea de Vandalia: Llàmola, ſin par, porque no le tiene, aſſi en la Grandeza del cuerpo, como en el eſtremo del eſtado, y de la hermoſura. Eſta tal Caſildea, pues, que vòy contàndo, pagò mis buenos penſamièntos, y comedidos deſſeos con hazèrme ocupàr (como ſu Madrina à Hercules)



en muchos, y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento; ni sé yo, qual ha de ser el último, que de principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó, que fuese á desafiár á aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente, y fuerte como hecha de bronze, y sin mudarse de un lugar, es la mas movable, y boltaria muger del mundo. Llegué, vilo, y vencila, y hizela estar queda, y á raya, porque en mas de una semana no soplaron fino vientos nortes. Vez tambien huvó, que me mandó, fuese á tomár en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guifando: Empresa mas para encomendarse á Ganapanes, que á Cavalleros. Otra vez me mandó, que me precipitasse, y fumiessse en la sima de Cabra (peligro inaudito, y temeroso) y que le truxesse particular relacion de lo que en aquella escura profundidád se encierra. Detúve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guifando, despeñeme en la Sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo; y mis esperanças muertas que muertas, y sus mandamientos, y desdenes vivos que vivos. En resolucion, ultimamente me ha mandado, que discorra por todas las provincias de España, y haga confessar á todos los andantes Cavalleros, que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven; y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido á contradezir-

III me.

me. Pero de lo que yo mas me prècio, y ufano, es, de avèr vencido en singular batalla à aquel tan Famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hèchole confesàr, que es mas hermosa mi Casildea, que fu Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta, que hè vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote que digo, los hà vencido à todos, y aviéndole yo vencido à el, fu gloria, fu fama, y fu honra se hà transferido, y passado à mi persona; y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado: Assi que ya corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas del yà referido Don Quixote.

ADMIRADO quedò Don Quixote de oír al Cavallero del Bosque; y estuvo mil vezes por dezirle que mentia, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportòse lo mejor que pudo, por hazerle confesàr por su propia boca su mentira; y assi fofegadamènte le dixo: De que vueffà mercèd, Señor Cavallero àya vencido à los mas Cavalleros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que àya vencido à Don Quixote de la Mancha, pòngolo en duda: Podria sèr que fuèsse otro que le parecièsse, aunque ày pocos que le parezcan. Como no? replicò el del Bosque: Por el Cielo que nos cùbre, que peleè con Don Quixote, y le vencì, y rendì, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, Entrecano, la nariz aguileña, y algo corba, de vigotes grandes, negros, y caydos. Campèa debaxo del nombre del Cavallero de la triste Figura; y trae por escudero à un labrador, llamado Sancho Pança: Oprì-



me el lomo, y rige el freno de un famoso Cavallo, llamado Rozinante; y finalmente tiene por Señora de su voluntad à una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonça Lorenço; como la mia, que por llamarse Casilda, y ser de la Andaluzia, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aqui està mi espada, que la hará dar credito à la misma incredulidad. Sosségãos, Señor Cavallero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que deziros quiero.

A V E' Y S de faber, que esse Don Quixote que dezis es el mayor amigo, que en este mundo tengo, y tanto, que podre dezir, que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que del me avèys dado tan puntuales, y ciertas, no puedo pensar, fino que sea el mismo que avèys vencido. Por otra parte veo con los ojos, y toco con las manos, no ser possible ser el mismo; si ya no fuèsse, que como el tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno que de ordinario le perfigue) no àya alguno dellos tomado su figura, para dexarse vencer, por defraudarle de la fama, que sus altas cavallerias tienen grangeada, y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmacion desto quiero tambien que sepays, que los tales encantadores sus contrarios no hà mas de dos dias, que transformaron la figura, y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez, y baxa; y desta manera avrán transformado à Don Quixote: Y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad, que digo; aqui està el mesmo Don Quixote, que la sustentará con sus armas à pie, ò à cavallo, ò de qualquiera fuerte que os agradare:

Y

Y diziendo esto, se levantò en pie, y empuñò la espada, esperando, que resolucìon tomarìa el Cavallero del Bosque; El qual con voz asì mismo fofegada, respondiò, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, Señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperança de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à escùras, como los falteadores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vèa nuestras obras: Y hà de ser Condicion de nuestra Batalla, que el vencido hà de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga del todo lo que quisiere, con tal que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento de esta condicion y conveniència, respondiò Don Quixote; y en diziendo esto, se fueron donde estavan sus escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estavan, quando les saltò el sueño. Despertaronlos, y mandaronles, que tuviessen à punto los Cavallos, porque en saliendo el sol, avian de hazer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla. A cuyas nuevas quedò Sancho atonito, y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentias que avia oido dezir del suyo al escudero del Bosque: Pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos à buscar su ganado (que yà todos tres Cavallos y el Ruzio se avian olido, y estavan todos juntos.)

EN el camino dixo el del Bosque à Sancho: Hà de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andaluzia, quando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen.

riñen. Dìgolo, porque estè advertido, que mièntas nuef-
tros dueños riñen, nosotros tambien hèmos de pelear, y ha-
zèrnos astillas. Essa costumbre, Señor escudèro, respon-
diò Sancho, allà puede corrèr, y pasàr con los rufianes, y
peleàntes que dize; pero con los escudèros de los Cavallè-
ros andantes, ni por pienso; alomenos yo no hè oýdo dezir
à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas
las ordenanças de la andante Cavallerìa. Quanto mas, que
yo quièro que sèa verdàd y ordenança exprèssa el pelear
los escudèros en tanto que sus señores pelèan; pero yo no
quièro cumplirla, sino pagàr la pena, que estuvière puesta à
los tales pacíficos escudèros, que yo assegùro, que no passe
de dos libras de cera; y mas quièro pagàr las tales libras
(que sè que me costaràn menos) que las hilas que podrè
gastàr en curàrme la cabeça, que ya me la cuento por par-
tida, y dividida en dos partes; y mas que me impossibilita
el reñir el no tenèr espada, pues en mi vida me la pùse.
Para esto sè yo un buen remedio, dixo el del Bosque, yo
traygo aquí dos talègas de lienço de un mismo tamaño;
tomarèys vos la una, y yo la otra, y reñirèmos à talegà-
ços con armas iguales. Dessa manera sèa en buena hora,
respondiò Sancho, porque antes fervirà la tal pelea de des-
polvoreàrnos, que de herirnos. No ha de sèr assi, replicò
el otro, porque se han de echàr dentro de las talègas, por-
que no se las lleve el Ayre, media dozena de guijarros lin-
dos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros;
y desta manera nos podèmos atalegàr, sin hazèrnos mal, ni
daño. Miràd, cuerpo de mi padre, respondiò Sancho, que
Martas cebollinas, ò que Copos de Algodon cardàdo pone
en

en las talègas para no quedàr molidos los cascòs, y hechos alheña los hueffos? Pero aunque se llenàran de capullos de Seda, sepa, señor mio, que no hè de peleàr. Pelèen nuestros amos, y allà se lo àyan, y bebàmos y vivàmos nosotros, que el tiempo tiene cuydàdo de quitàrnos las vidas, sin que andèmos buscàndo apetitos, para que se acàben antes de llegàr su fazon, y termino, y que se càyan de madùras. Con todo, replicò el del Bosque, hèmos de peleàr, si quièra, media hora. Eflo no, respondiò Sancho; no serè yo tan descortès, ni tan desagràdecido, que con quièn hè comido, y hè bebido trabe question alguna, por minima que sèa; quanto mas, que estàndo sin còlera, y sin enojo, quièn diablos se hà de amañar à reñir à secas? Para effo, dixo el del Bosque, yo darè un suficiènte remedio; y es, que antes que comencèmos la pelèa, yo me llegarè bonitamènte à vueffa mercèd, y le darè tres ò quatro bofetàdas, que dè con el à mis pies, con las quales le harè despertàr la còlera, aunque estè con mas sueño que un Liròn. Contra effe corte sè yo otro, respondiò Sancho, que no le và en çaga: Cogerè yo un garrote, y antes que vueffa mercèd llegue à despertàrme la còlera, harè yo dormir à garrotazos de tal fuerte la fuya, que no despièrte, fino fuère en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hombre que me dexo manoseàr el rostro de nadie, y cada uno mire por el viròte: Aunque lo mas acertàdo ferìa, dexàr dormir su còlera à cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie; y tal fuèle venir por lana, que buelve trasquilado; y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas; porque si un gato acosàdo, encerràdo, y apretàdo se buelve
en

en leon, yo que sòy hombre, Dios sabe en lo que podrè bolvèrme; y assi desde aora intimo à vueffa mercèd, Señor escudèro, que corra por su cuenta todo el mal y daño, que de nuestra pendencia resultàre. Està bien, replicò el del Bosque, amanecerà Dios, y medrarèmos.

EN esto yà començàvan à gorgear en los Arboles mil fuertes de pintados pajarillos, y en sus diversos, y alègres cantos parecia, que davan la norabuena, y saludavan à la fresca Aurora, que yà por las puertas, y balcones del Oriente iba descubrièndo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licor bañandose las yervas, parecia assi mismo, ellas brotavan, y llovian blanco, y menudo Aljofar. Los fauces destilavan manà fabroso, reyanse las fuentes, murmuravan los arroyos, alegravanse las selvas, enriquecianse los prados con su venida. Mas apenas diò lugar la claridad del dia para ver, y diferenciàr las cosas, quando la primera, que se ofreciò à los ojos de Sancho Pança, fuè la nariz del escudèro del Bosque, que era tan grande, que casi le hazia sombra à todo el cuerpo. Cuèntase en efecto, que era de demasiada grandèza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas de color amorado como de verengenas: Baxavale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandèza, color, berrugas, y encorbamiènto assi le aseavan el rostro, que en vièndole Sancho, començò à herir de pie, y de mano como niño con Alferezia; y propusò en su coraçon de dexarse dâr dozientas bofetadas antes que despertàr la colera, para reñir con aquel vestiglo.

Don Quixote mirò à fu contendor, y hallòle yà puef-
ta, y calada la Celada, de modo que no le pùdo vèr el
roftro; pero notò que era hombre membrùdo, y no muy
alto de cuerpo. Sobre las armas traÿa una sobrevifta, ò
cafaca de una tela, al parecer, de oro finiffimo, fembra-
das por ella muchas lunas pequeñas de refplandecièntes
efpèjos, que le hazian en grandiffima manera galan, y vif-
tòfo. Bolàvanle fobre la celada grande cantidàd de plu-
mas verdes, amarillas, y blancas. La lança que tenia arri-
màda à un arbol, era grandiffima, y gruèffa, y de un hie-
rro azeràdo de mas de un Palmo. Todo lo mirò, y todo
lo notò Don Quixote, y juzgò de lo vifto, y miràdo, que
el yà dicho Cavallèro devia de sèr de grandes fuerças; pe-
ro no por effo temiò como Sancho Pança, antes con gentil
Denuèdo dixo al Cavallèro de los espèjos: Si la mucha
gana de peleàr, Señor Cavallèro, no os gafta la cortesìa,
por ella os pido, que alcèys la visèra un poco, porque yo
vèa, fi la gallardia de vuestro roftro responde à la de vuef-
tra difpoficion. O vencido, ò vencedor que falgàys def-
ta Empresa Señor Cavallèro, respondiò el de los espèjos,
os quedarà tiempo, y espàcio demafiàdo para vèrme; y fi
aora no fatisfago à vuestro defèo es por parecèrme, que
hago notable agravio à la hermòfa Cafildea de Vandalia,
en dilatàr el tiempo que tardàre en alçàrme la visèra, fin
hazèros confefsàr lo que yà fabèys, que pretèndo. Pues en
tanto que fubìmos à Cavallo, dixo Don Quixote, bien po-
dèys dezirme, fi sòy yo aquel Don Quixote, que dixifte
avèr vencido? A effo os respondèmos, dixo el de los espè-
jos, que parecèys, como fe parèce un huèvo à otro, al mif-



mo Cavallero, que yo vencí; pero segun vos dezís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar, si soys el contenido, ò no. Eſto me basta à mi, respondió Don Quixote, para que creá vuestro engaño: Empero para faceros del, de todo punto, vengan nuestros Cavallos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alçaros la visera, si Dios, si mi Señora, y mi brazo me valen, verè yo vuestro rostro, y vos verèys, que no soy yo el vencido Don Quixote que pensàys. Con esto, acortando razones, subieron à Cavallo, y Don Quixote bolviò las riendas à Rozinante para tomàr lo que convenia del campo, para bolvèr à encontràr à su contrario, y lo mesmo hizo el de los espèjos; pero no se avia apartado Don Quixote veynte passos, quando se oyò llamàr del de los espèjos, y partiendo los dos el camino, el de los espèjos le dixo: Advertid, Señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez hè dicho, ha de quedàr à discrecion del vencedor. Ya la sè, respondió Don Quixote, con tal que lo que se le impusière, y mandàre al vencido, hán de ser cosas, que no falgan de los limites de la Cavalleria. Assi se entiende, respondió el de los espèjos. Ofrecièronsele en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narizes del escudero, y no se admirò menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgò por algun monstro, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se ùsan en el mundo. Sancho, que viò partir à su amo para tomàr carrera, no quiso quedàr solo con el narigudo, temiendo que con solo un passagonçalo con aquellas narizes en las fuyas, feria acabada la pendencia fuya, quedando del Golpe, ò del Miedo tendido en el suelo;

LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG





*Jn. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. 3. p. 123.*

Ger. Vandergucht sculp.

fuelo; y fuèſſe tras ſu amo afido à un arzon de Rozinante; y quando le pareció, que yà era tiempo que bolvièſſe, le dixo: Suplico à vueſſa mercèd, Señor mio, que antes que buélva à encontràrſe, me ayùde à ſubir ſobre aquel alcornoque, de donde podrè ver mas à mi ſabor, mejor que deſde el fuelo, el gallàrdó encuèntro que vueſſa mercèd hà de hazer con eſte Cavallèro. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quières encaramàr, y ſubir en Andamio por ver ſin peligro los toros. La verdàd que diga, reſpondió Sancho, las deſaforàdas narizes de aquel eſcudero me tienen atonito, y lleno de eſpanto, y no me atrevo à eſtâr junto à èl. Ellas ſon tales, dixo Don Quixote, que à no sèr yo quièn sòy, tambien me aſombràran; y aſſi ven, ayudàrtehè à ſubir donde dizes.

EN lo que ſe detuvo Don Quixote en que Sancho ſubièſſe en el Alcornòque, tomò el de los eſpèjos del campo lo que le pareció neceſàrio; y creyendo que lo miſmo avrìa hecho Don Quixote, ſin eſperàr ſon de trompeta, ni otra ſeñal que los avisàſſe, bolvió las riendas à ſu Cavallo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y à todo ſu corrèr, (que era un mediano tròte), iba à encontràr à ſu enemigo; pero vièndole ocupàdo en la ſubida de Sancho, detuvo las riendas, y paròſe en la mitad de la carrèra, de lo que el Cavallo quedò agradecidifſimo, à cauſa que ya no podia moverſe. Don Quixote, que le pareció que yà ſu enemigo venia volàndo, arrimò reziamènte las eſpuèlas à las traſhijadas de Rozinante, y le hizo aguijàr de manera, que cuenta la hiſtòria, que eſta ſola vez ſe conociò avèr corrido algo, porque todas las demas

R 2

ſiempre

siempre fuèron trotes declarados; y con esta no vista furia llegò donde el de los espèjos estàva hincando à su Cavallo las espuelas hasta los Botones, fin que le pudièsse movèr un solo dedo del lugar donde avia hecho Estanco de su carrera. En esta buena fazon, y Coyuntura hallò Don Quixote à su contrario embaraçado con su cavallo, y ocupado con su lança, que nunca, ò no acertò, ò no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no mirava en estos inconvenientes, à salvamano, y sin peligro alguno encontrò al de los espèjos con tanta fuerça, que mal de su grado le hizo venir al fuelo por las ancas del Cavallo, dando tal cayda, que sin movèr pie, ni mano diò señales de que estàva muerto. Apenas le viò caydo Sancho, quando se deslizo del alcornòque, y à toda prièssa vino donde su Señor estàva; el qual apeandose de Rozinante, fuè sobre el de los espèjos, y quitandole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le dièsse el ayre si à caso estàva vivo, viò (quien podrá dezir lo que viò, sin causar admiracion, maravilla, y espanto à los que lo oyèren?) Viò, dize la història, el rostro mesmo, la misma figura, el mesmo aspecto, la misma fisonomia, la misma efigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco; y assi como la viò, en altas voces dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creèr: Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechizeros, y los encantadores. Llegò Sancho, y como viò el rostro del Bachiller Carrasco, començò à hazerse mil cruces, y à fantiguarse otras tantas; y en todo esto no dava muestras de estar vivo el derribado Cavallero; y Sancho dixo à Don Qui-

Quixote: Sòy de parecer, Señor mio, que por sí, ò por no, vueffa mercèd hinque, y meta la espada por la boca à este que parece el Bachiller Sanfon Carrasco, quiçà matará en el à alguno de sus enemigos los encantadores. No dizes mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegò el escudero del de los espèjos, yà sin las narizes que tan feo le avian hecho, y à grandes voces dixo: Mire vueffa mercèd lo que haze, Señor Don Quixote, que esse, que tiene à los pies, es el Bachiller Sanfon Carrasco fu amigo, y yo sòy fu escudero. Y viendo Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narizes? A lo que el respondiò, aquí las tengo en la faldriquera; y echando mano à la derecha, sacò unas narizes de pasta, y barniz de mascara de la manufactura que quedan delineadas; y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dixo: Santa Maria, y valme! Este no es Tomè Cecial mi vezino, y mi compadre? Y como si lo sòy, respondiò el yà desnarigado escudero. Tomè Cecial sòy, Compadre y amigo, Sancho Pança, y luego os dirè los arcaduzes, embustes, y enredos por donde sòy aquí venido; y en tanto pedid, y suplicad al Señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hièra, ni mate al Cavallero de los espèjos, que à sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado Bachiller Sanfon Carrasco nuestro compatrioto.

EN esto bolviò en sí el de los espèjos, lo qual visto por Don Quixote, le pùso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sòys, Cavallero, fino
con-



confessàys, que là fin par Dulcinea del Tobòso se aventàja en belleza à vuestra Casildea de Vandalia. Y demas desto avèys de promètèr (si desta contienda, y cayda quedàredes con vida) de ir à la Ciudad del Tobòso, y presentàros en su presència de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntàd le vinière; y si os dexàre en la vuestra, assi mismo avèys de bolvèr à buscàrme; que el rastro de mis hazañas os servirà de guia, que os trayga donde yo estuvière, y à dezirme lo que con ella huvièredes passado: Condiciones, que conforme à las que pusimos antes de nuestra batalla, no falen de los terminos de la andante Cavallerìa. Confièssò, dixo el caydo Cavallèro, que vale mas el zapato descofido, y fuzio de la Señora Dulcinea del Tobòso, que las barbas mal peynàdas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir, y bolvèr de su presència à la vuestra, y daros entèra, y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien avèys de confessàr, y creèr, añadiò Don Quixote, que aquel Cavallèro, que vencistes, no fuè, ni pudo sèr Don Quixote de la Mancha, fino otro que se le parecìa, como yo confièssò, y creò que vos, aunque parecèys al Bachiller Sanson Carràsco, nò lo sòys, fino otro que le parèce, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi còlera, y para que ùse blandamènte de la gloria del vencimiènto. Todo lo confièssò, juzgo, y siento, como vos lo creèys, juzgàys, y sentis, respondiò el derrengado Cavallèro. Dexadme levantàr, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi cayda, que affaz mal-trecho me tiene. Ayudòle à levantàr Don Quixote, y Tomè Cecial fu escudèro, del qual no
apar-